



Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

15



El canto de Lucho



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desoldido n.º 15

El canto de Lucho

Relato pal Desoldido derivado del informe *Un poco de verdad para respirar. Trayectoria e impactos de los Bloques Paramilitares Montes de María y Mojana*. n.º 17. de la serie Informes sobre el Origen y la Actuación de las Agrupaciones Paramilitares en las Regiones. Bogotá, CNMH, 2022. 456 págs.

El canto de Lucho

Relato pal desoldido n.º 15.

*Colección • Relatos pal Desoldido
Narrativas de la Verdad Histórica*

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
(2022- agosto 2026)
Carlos Mario López Rojas (e)
(agosto 2026)

Dirección General

Carlos Mario López Rojas
**Director técnico de la Dirección
de Acuerdos de la Verdad (DAV)**

Natalia Escobar Sabogal
**Línea conceptual, metodológica y
articulación técnica de los proyectos
de investigación-creación.
Apropiación Social de la Verdad
Histórica. DAV.**

Juan Biermann López
Investigación, redacción y edición

Fabián Carvajal Álvarez
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vanezza Escobar Behar
Julian Esteban García Romero
Lina Margarita Perea Mojica
**Apoyo y acompañamiento a la revisión
técnica**

Daniel Fernando Polanía Castro
**Profesional especializado Estrategia
de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Gustavo Adolfo Patiño Díaz
Corrección de estilo

Primera edición: agosto 2026

Número de páginas: 36

Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7948-15-0

ISBN digital: 978-628-7948-16-7

Imprenta Nacional de Colombia

Impreso en Colombia - Printed in
Colombia

Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria
Histórica**

Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2026). *El canto de Lucho*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes
que protagonizan estos Relatos pal
Desoldido son ficticios.

Este libro es de carácter público.
Puede ser reproducido, copiado,
distribuido y divulgado, siempre y
cuando no se altere su contenido, se
cite la fuente o, en cualquier caso, se
disponga la autorización del Centro
Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica.

El canto de Lucho / Centro Nacional de Memoria Histórica ;
investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación
e ilustración Fabián Mauricio Carvajal Álvarez ; línea metodológica
y conceptual Natalia Escobar Sabogal. -- Primera edición. -- Bogotá,
Colombia : CNMH, 2026.

36 páginas : ilustraciones. -- (Relatos pal Desoldido ; n.º 15).

ISBN impreso: 978-628-7948-15-0

ISBN digital: 978-628-7948-16-7

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Memoria histórica - Colombia 2. Conflicto armado - Colombia
3. Paramilitarismo 4. Violación a los derechos humanos 5. Narrativa
testimonial I. Biermann López, Juan, investigador y redactor. II. Carvajal
Álvarez, Fabián Mauricio, ilustrador y diseñador. III. Escobar Sabogal,
Natalia, línea conceptual y metodológica. IV. Centro Nacional de
Memoria Histórica. V. Serie. VI. Título.

CDD: 303.66

CO-BoCMH

I

*Vereda Las Brisas,
corregimiento de San Cayetano,
municipio de San Juan Nepomuceno,
departamento de Bolívar;
sábado 11 de marzo de 2000.*

Esa mañana, Luis Eduardo Palomares se despertó poco antes del amanecer, como todos los días. Tenía treinta y tres años y el cuerpo ya habituado al fresco matutino y al olor de la tierra y de la leña del fogón. Su hijo Miguel, de cuatro años recién cumplidos, aún dormía acunado en la hamaca cuando Lucho compartió con Luz Emira, madre del pequeño, el primer café.

Luis Eduardo era conocido en Las Brisas, y en todo el corregimiento de San Cayetano, por dos cosas: por el ñame que sembraba —grande, blanquísimo por dentro, al que los vecinos llamaban «ñame de Palomares»— y por las décimas que improvisaba en fiestas y fandangos. El «mero decimero de Las Brisas», le decían.

Ese sábado no hubo fandango porque antes del alba llegaron ciento cincuenta hombres fuertemente armados que bajaron por las lomas como si ellas mismas los hubieran parido durante la noche. Luis Eduardo pudo ver cómo iban llegando. Venían con listas. Luz Emira también lo notó, pero en lugar de quedarse mirando, agarró una mochila, la llenó con lo mínimo necesario, despertó al niño y le dijo a su marido que ya estaba bien de mirar; lo agarró de la muñeca, le entregó la mochila y salieron rumbo a unos matorrales cercanos que servirían para esconderlos.

Permanecieron escondidos algunas horas, hasta cerciorarse de que los hombres armados —pertenecientes al bloque paramilitar Montes de María— ya habían abandonado el pueblo. Regresaron a casa, empacaron lo que les cupo en la maleta y las dos mochilas que tenían, y salieron del pueblo sin despedirse de nadie porque no había nadie de quien despedirse.

La inesperada y violenta visita de aquellos hombres armados dejó un saldo de doce campesinos muertos. Doce hombres que Luis Eduardo conocía por el nombre, por el apodo, por la forma de reírse. Entre ellos, su primo y amigo Juan José¹, el Juancho.

II

Luis Eduardo, Luz Emira y el pequeño Miguel llegaron a Sincelejo tres días después, con el cuerpo agotado y los pies adoloridos. Con el dinero que llevaban, pagaron el arriendo de una pieza en el barrio El Dorado, que no tenía nada de dorado: pared de ladrillo desnudo, tejas de zinc y dos ventanas pequeñas sin vidrio.

Luis Eduardo tardó algunos meses en conseguir un trabajo estable. Durante las primeras semanas, iba a la plaza de mercado a ganarse los pesos cargando bultos ajenos. Fue allí donde alguien le habló de un ferretero que estaba necesitando un ayudante. El ferretero, de nombre Rómulo, lo puso a trabajar gratis el primer día y desde entonces le pagó cumplidamente cada día trabajado, no mucho, pero algo fijo.

Por su parte, Luz Emira montó un puestico delante de la casa y ofrecía a los transeúntes carimañolas, bollos y hasta arepas de huevo, además de café y gaseosa. Así, con lo que ambos lograban juntar, podían mantenerse a flote.

En cambio, lo que ganó profundidad fue un sentimiento que Luis Eduardo no supo cómo nombrar. Cuando intentaba dormir, la mente se le iba sola hacia Las Brisas. Se había enterado de los nombres de los doce asesinados y de la sevicia con la que los mataron. Y la cabeza se le llenaba de preguntas dolorosas y afiladas. Entonces sentía algo que empezaba a calentarse entre su pecho y su espalda, una materia oscura muy inflamable.

Con Luz Emira las cosas tampoco pintaban bien. No peleaban mucho —poco tiempo y energía les quedaba a diario para ello—, pero tampoco hablaban como antes. En Las Brisas, Luis Eduardo —más conocido entonces como Lucho— era el hombre de las décimas, el que hacía reír en fiestas y fandangos, el que sacaba unos ñames hermosos. En Sincelajo, era el ayudante en una ferretería de barrio, el que llegaba callado, trabajaba callado y se acostaba callado. Luz Emira a veces lo miraba con una expresión que él no sabía si era de compasión o de reproche; y esa incertidumbre le dolía más que cualquier pelea. Lo único claro es que seguían juntos por Miguelito, por sus carcajadas, sus preguntas, la pureza e inocencia de su corazón.



III

Una tarde que tuvo libre, mediando 2001, Luis Eduardo le dijo a su esposa que saldría a dar una vuelta. Ella se limitó a asentir y lo vio alejarse. Le pareció más delgado y un poco jorobado, como marchito.

Luis Eduardo caminó sin rumbo hasta que el sol empezó a caer. Consigo llevaba, doblado en un bolsillo trasero del pantalón, el cuaderno que solía usar en la ferretería para anotar cuentas y pedidos, y un lapicero.

Sus pasos se detuvieron ante un tomadero de cerveza poco concurrido. Se sentó solo en una mesa, pidió la primera botella y abrió el cuaderno por las hojas del final, con la firme intención de escribir algunos versos, después de tantos meses de no decimear. No era la primera vez que lo intentaba. Había probado en la casa, en el cuarto, también en el trabajo, pero parecía como si la fuente de los versos se hubiera secado. Así que, preocupado ante este panorama, había decidido «humedecer la palabra» con trago, método directo para animar la locuacidad.

Durante las tres primeras cervezas —que bebió con el afán de quien espera un pronto efecto—, le salieron algunos versos, no todos ellos de ocho sílabas —como se acostumbra en las décimas— y, según su parecer, bastante insulsos. Por ejemplo: «Tengo tanta tanta sed», «Las noches son tan largas» o «Siempre se huye más lejos».

Revisó cuánta plata traía y se animó a pedir una copa de ron, que bajó de un solo sorbo. Casi de inmediato, sintió el calor en sus mejillas, en su pecho y un leve hormigueo en las manos. Quiso beber otra copa, pero antes de ejecutar la orden, un verso apareció ante sus ojos que no tardó en grabar en el cuaderno: «Murió la risa en Las Brisas», y detrás de ese, otro, otro y otro, y completó los diez; pero siguió, sin importar que la página se quedara sin espacio, escribiendo en la siguiente, versos y versos y versos, que al final no fueron tantos (unos veintiséis o veintisiete), dejando en él la pasajera emoción de haber descargado un fardo, uno de esos bultos que semanas atrás cargaba en la plaza de mercado, solo que esta vez el bulto cargado y soltado era uno propio.

Esto lo satisfizo, también lo agotó. Así que pidió la cuarta cerveza y el segundo copazo de ron, que bebió al mismo ritmo que traía.

Regresó a casa a medio emborrachar, sin plata en el bolsillo y el cuaderno con cuatro o cinco páginas llenas de versos que, al día siguiente, en una pausa del trabajo, leyó en voz baja para sí mismo. Se horrorizó. Parecían versos escritos con sangre, emisarios de muerte, cargados de violencia y aún más de anhelo ciego de venganza malsana.

Entonces, Luis Eduardo tuvo miedo porque bien sabía que las palabras crean, y quien se las cree puede terminar tomándolas demasiado en serio. Luis Eduardo tuvo miedo porque se dio cuenta de que aquella materia oscura que seguía creciendo en su interior era como una semilla puesta ahí por los hombres armados que aquel sábado entraron al pueblo, y que él, sin querer queriendo, había regado, haciéndola germinar y crecer. Luis Eduardo tuvo miedo de estar convirtiéndose, él también, en asesino.

IV

Una tarde de marzo de 2004, cumplidos ya cuatro años viviendo en Sincelejo, Miguelito —de ocho años— llegó del colegio con una pregunta en los labios: «Papá, ¿por qué nosotros no somos de aquí?».

Luis Eduardo quiso contradecirlo, convencerlo de que ellos eran de Sincelejo, y quien dijera lo contrario estaba equivocado. Pero él también había sentido eso que ahora inquietaba al niño: ese saberse de otra parte que, cada tanto, alguna mirada o palabra se lo recordaba. Así que no fue capaz de engañarlo. Sirvió dos vasos de limonada y, sentados en el borde de la cama, le contó. No todo, aunque quizá bastante: que ellos no eran de Sincelejo ni de Sucre, sino de un pueblito llamado Las Brisas, en el departamento de Bolívar, y que habían tenido que salir huyendo por culpa de los violentos que habían matado gente inocente, entre ellos su primo Juancho, al que Miguel aún recordaba vagamente. Habló despacio, eso sí, eligiendo bien las palabras, sin adornos, tampoco brutalidad.

Miguel escuchó atentamente, con un gesto que lo hacía ver algunos años mayor. Cuando vio que su padre terminó de responder, planteó otra pregunta:

—Y esos señores que mataron al tío Juancho y a los demás, ¿dónde están?

—Eche, yo no sé... ¿Por qué? —respondió Luis Eduardo sorprendido.

—Porque quisiera tenerlos delante pa darles su buena muñequera.

Una risa nerviosa —que de risa solo tuvo la mueca porque dolió como puñalada— saltó de Luis Eduardo al escuchar al pequeño. Luego, atinó a decir:

—No, no, no, por ahí no es.

Se puso de pie y se encerró en el baño. Probablemente Miguel alcanzó a escuchar sus sollozos. Luis Eduardo, en ese momento, con la cara enterrada en las manos, no pensó en eso, sino en que, en la voz de su hijo, en el tono mismo, había reconocido el mismo veneno que él llevaba cultivando aún en su propio interior, por el que había decidido no volver a tomar ni a escribir décimas.

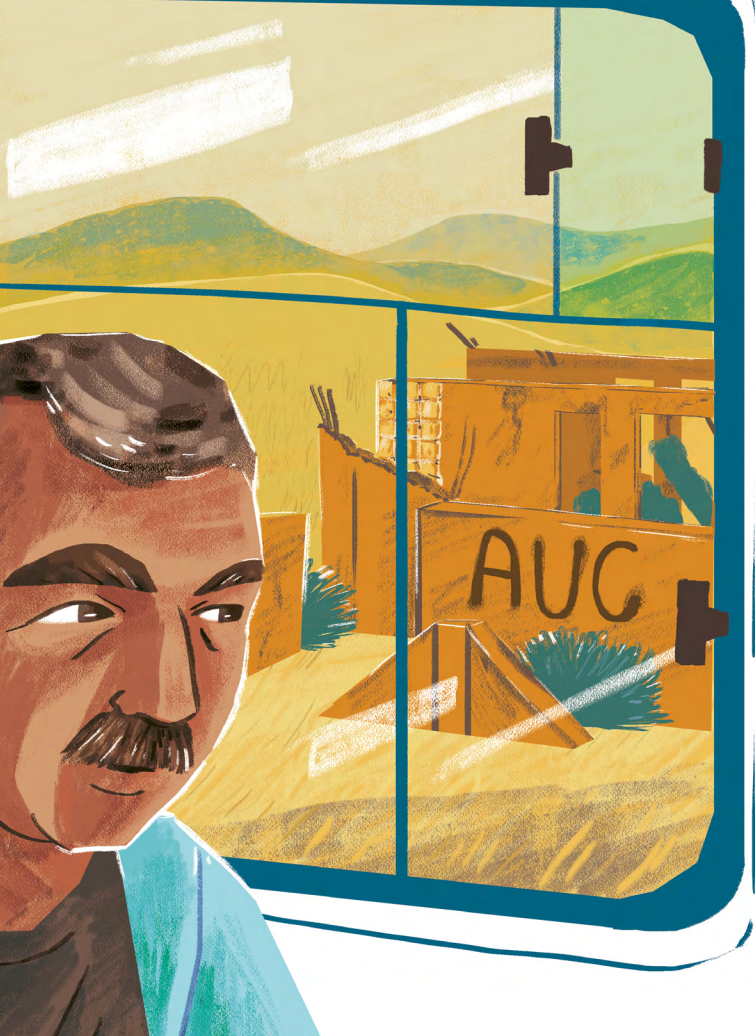
V

Los años siguieron su curso con su obstinada calma. Miguel Palomares Castro creció. Luis Eduardo Palomares ascendió en la ferretería hasta volverse el encargado de los inventarios. Luz Emira Castro dejó de vender frente a la casa y encontró trabajo en una sala de belleza. La pieza del barrio El Dorado fue reemplazada por una casita que compartían solo con otra familia (no con las cuatro que había en la residencia anterior), en el barrio Las Américas —barrio de carpinteros y ebanistas—. Nada de esto curó nada, pero fue haciendo posible que la vida continuara.

En algún momento —Luis Eduardo Palomares no sabría precisar cuándo— dos curiosidades empezaron a visitarlo con frecuencia. Una de ellas, en torno a Las Brisas, su tierra. ¿Acaso no volvería nunca a poner un pie allí? La otra, relacionada con los versos, las décimas: ¿no era posible al menos dedicarle alguna estrofa a Sincelejo que, sin ser para él comparable con Las Brisas, se había convertido en el lugar del que su hijo ya se sentía parte?

Finalizando 2007, cumplidos ya los 40 años, Luis Eduardo identificó una forma de calmar la sed de sus dos crecientes curiosidades. Iba a volver. No a quedarse, solo a ver. Cuando le contó a Luz Emira, ella arrugó el entrecejo y, tras varias evasivas, le pidió que tuviera mucho cuidado. Su hijo, ya de once años, le pidió que le trajera algún recuerdo del viaje, ojalá del pueblo.

El trayecto en bus desde Sincelejo tomó unas horas que se le hicieron más largas por el silencio que él mismo se impuso. Cuando el paisaje empezó a cambiar —las lomas verdes, las palmas, el color del cielo diferente al de la ciudad—, sintió algo en el estómago que no era exactamente miedo, tampoco duda; más bien la certeza de que su primo Juancho lo estaba acompañando de alguna forma.



Encontró lo que temía y también lo que no esperaba. Encontró pueblos todavía vacíos, casas sin techo raídas por el tiempo y la maleza, potreros donde antes había cultivos. Eso era lo temido. Lo inesperado fue otro paisaje, el que se descubre cuando uno pregunta y escucha: que en Mampuján, a pocos kilómetros, un grupo de mujeres desplazadas se había reencontrado de vuelta para hacer memoria a través de murales de lienzo, también conocidos como tapices, por ellas llamados «telares de la memoria», en los que bordaban todo lo que les había pasado, con figuras cosidas, tela sobre tela, en colores vivos, contando lo ocurrido, dejando el registro para que no lo borren ni la lluvia ni las lágrimas.

Se enteró también de que en Carmen de Bolívar y San Jacinto había jóvenes que hacían radio y video comunitario para que las comunidades pudieran contarse a sí mismas, sin intermediarios. Que aquí y allá, con timidez, pero con terquedad, las familias iban regresando y que algunas habían formado pequeñas asociaciones para sembrar juntos, para no tener que enfrentar solos la tierra que los había visto huir.

Luis Eduardo Palomares no llegó hasta Las Brisas. Se engañó diciendo que la plata que llevaba no daba hasta allá, pero más que billetes en la billetera, le sobró información recogida. «Ya vendrá otra ocasión —se dijo—, ya recogí suficiente para tener con qué devolverme».

Eso sí, recorrió las calles de San Cayetano, recordó más de un fandango en el que él se ganó las ovaciones del público emocionado por sus décimas improvisadas con tanto tino. Algo que lo sorprendió fue que las personas que vio no parecían abrumadas por la pena; percibió que, pese a tantas cosas, no habían perdido ni la sonrisa ni el trato amable.

Buscó refrescarse pidiendo una cerveza en una tienda donde el tendero lo reconoció y le dijo: «Por aquí, por ahora, siempre bienvenido»; y eso fue suficiente para que se le apretara la garganta y decidiera no darle más profundidad a lo que ya de por sí estaba bastante profundo dentro de sí.

Regresó a Sincelejo con un paquete de galletas chepacorinas —para Luz Emira y Miguel—, llevando además algo que no sabía nombrar todavía, pero que, con el tiempo, reconocería como el principio de una posibilidad.

VI

Era un domingo de 2011, después del mediodía. Luis Eduardo llevaba un buen rato sentado en la mesa del comedor, el cuaderno abierto y el lapicero entre los dientes, mirando los seis versos que había logrado sacar en las casi dos horas que lidió con la métrica, la rima y lo que quería expresar mediante ellas.

Miguel, de quince años, apareció descalzo desde el cuarto, con el pelo revuelto por la siesta.

—¿Qué hace, papá?

Luis Eduardo dudó. Estuvo a punto de decir «nada», que era su respuesta habitual para todo, pero algo —quizás el domingo, quizás el cansancio de tantos años callando— lo hizo contestar de otro modo:

—Hace muchos años, cuando eras un niño al que tu mamá cargaba en brazos, yo declamaba décimas —hizo una pausa y levantó el cuaderno—. Esto es lo que llevo. Y aquí me quedé trancado.

Miguel se acercó y leyó en voz baja, moviendo apenas los labios:

—¿Qué rima con «acaricia»? No le encuentro pareja —confesó Luis Eduardo.

El joven pensó un instante, con esa seriedad que ponía cuando algo le parecía un problema que valía la pena resolver.

—Rima con «inicia». También con «delicia».

Sorprendido, Luis Eduardo lo miró de otra manera.

—¿Cómo seguiría entonces? Vamos desde el principio y tú la continuas —le preguntó, y el muchacho asintió con firmeza, aceptando el desafío—. Dice: *Volveré al terruño un día, / cuando todo esté calmado / por estar abandonado / yo tendré mucha alegría / sabiendo que todavía / un nuevo sol acaricia...*

—*Una esperanza que inicia* —continuó Miguel.

—*Aunque falta la verdad* —respondió Luis Eduardo sintiéndose joven nuevamente.

—*Pa que podamos lograr* —el joven pensó un instante y marcó el cierre de la décima, con una calma y una puntería admirables— *que funcione la justicia*.

Luego, hubo silencio. Luis Eduardo, quien no dejó de tomar nota mientras su hijo declamaba, leyó la décima completa, desde el primer verso hasta el último, en voz alta y despacio, como se leen las cosas cuando uno quiere asegurarse de que son verdad. Cuando terminó, no se excusó ni se levantó. Se quedó sentado, con el cuaderno abierto sobre la mesa, y lloró delante de su hijo sin ningún pudor y sin ninguna explicación.



Miguel no supo qué decir, así que no dijo nada. Solo recogió el cuaderno —que se había caído al piso—, lo acomodó en la mesa cercana y posó una mano sobre la rodilla de su padre sollozante.

Fue un llanto distinto a todos los anteriores. Luis Eduardo lo sabía porque no dolía, porque su hijo acababa de demostrarle que el don no había muerto: simplemente había migrado a tierras más fértiles. Eso lo hizo sentir viejo, lo hizo sentir yerno, pero poco le importó porque su hijo tenía mucha más vida por delante.

VII

La noticia llegó por una de las organizaciones de víctimas con las que Luis Eduardo había empezado a tener contacto desde hacía un par de años: en el primer semestre de 2012 habría un reencuentro de víctimas del desplazamiento forzado en la cabecera municipal de San Juan Nepomuceno. Un evento abierto, con espacio para los testimonios, para la memoria y para el reencuentro de quienes el conflicto había dispersado por media Colombia.

Luis Eduardo leyó el volante dos veces. Luego lo dobló, lo guardó en el bolsillo de la camisa y no dijo nada en todo el día. Esa noche, cuando ya Miguel dormía, se lo mostró a Luz Emira.

Ella lo leyó despacio.

—¿Vas a ir? —preguntó, devolviéndole el papel.

—Quiero ir —dijo él—. Con ustedes dos.

Luz Emira no respondió de inmediato. Miró hacia la ventana un momento, como si el patio oscuro tuviera alguna respuesta que ofrecer. Luego dijo:

—Será.

Solo eso, pero con esa palabra fue suficiente.

El bus salió de Sincelejo un sábado temprano. Padre y madre se sentaron juntos. Miguel, con sus piernas cada vez más largas, logró ocupar una silla del pasillo, diagonal atrás de sus padres. Casi no hablaron durante el trayecto. Luis Eduardo miraba el paisaje con las manos entrelazadas sobre las rodillas, apretándolas de vez en cuando sin darse cuenta. Luz Emira lo notó y no dijo nada. Miguel dormitaba con la cabeza recostada hacia el pasillo, ajeno a la ansiedad de sus padres o fingiéndolo, porque a los dieciséis años uno ya sabe cuándo los adultos necesitan su propio silencio.

El evento se celebraba en el patio central de una escuela del pueblo, con sillas plásticas dispuestas en semicírculo y una carpa improvisada que protegía del sol de mediodía. Había unas setenta personas, en su mayoría víctimas de desplazamiento que habían llegado desde distintas ciudades, además de periodistas locales, uno que otro

curioso y algunos agentes uniformados (también algún voluntario de civil) enviados por la Gobernación dizque para evitar «disturbios».

A un lado, extendidos entre dos árboles, colgaban varios tapices bordados. Luis Eduardo se detuvo ante ellos más tiempo que ante cualquier otra cosa. Eran piezas grandes, de colores claros, también intensos, con figuras cosidas a mano que narraban lo que las palabras oficiales nunca terminarían de contar: la llegada de los armados, la muerte de la gente conocida, también querida; y la huida, los años del exilio, el lento y todavía incierto regreso. Luz Emira se paró a su lado. En algún momento, sin que ninguno lo planeara, sus dedos se encontraron.

Hubo testimonios. Una mujer mayor habló de su hijo desaparecido y lo hizo con una serenidad más demoledora que cualquier llanto. Un hombre de la edad de Luis Eduardo contó cómo había vuelto a su parcela para encontrar que otra familia la ocupaba, y que había decidido no pelear por ella, sino empezar de nuevo más arriba en la loma. Hubo historias que Luis Eduardo reconoció como propias aunque tuvieran otros nombres, otras fechas, otras veredas.

Entre la multitud, dos jóvenes del Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21 registraban todo: uno con una cámara de video, otro con una grabadora y un cuaderno. Su presencia discreta, pero atenta, decía que lo que allí se dijera no se perdería. El dolor será intangible, a veces inaccesible, pero registro queda.

Las abuelas y madres del pueblo habían preparado comida: mote de queso, carimañolas, sancocho, bollos y suero costeño. Luis Eduardo comió despacio, saboreando cada cosa con una atención que no era solo hambre, sino reconocimiento. Luz Emira repitió el mote procurando que no se notara su apetito (ansiedad de recuerdo en el paladar), lo cual era, a su manera, una suerte de pacífico desquite por lo arrancado sin permiso.

Luego, el animador del evento invitó a quienes quisieran tomar el micrófono: un recuerdo, una canción, unas palabras, lo que cada uno sintiera que valía la pena compartir con los presentes. Hubo un silencio inicial, de esos que pesan, hasta que la misma mujer mayor que había hablado antes se animó a decir unas palabras más, y tras ella otros fueron perdiendo la timidez.

Luis Eduardo tuvo el micrófono cerca dos veces. Las dos veces lo dejó pasar. Había demasiado todavía sin nombre dentro de sí, demasiadas cosas que no sabía si iban a quedarse quietas o a desbordarse si abría la boca delante de setenta desconocidos que en realidad no lo eran tanto.

Fue Miguel quien se puso de pie. Se acercó al animador, le pidió el micrófono con una calma que a Luis Eduardo le pareció imposible para sus dieciséis años, carraspeó una vez y dijo:

—Me llamo Miguel Palomares Castro. Soy hijo de Luis Eduardo Palomares y de Luz Emira Castro, ambos de Las Brisas, aunque ya no vivan allá. Quiero compartir unas décimas que escribió mi papá y que me han ayudado a conocer mejor mi propia historia, que es, creo yo, la historia de mucha de la gente que está aquí hoy.

Miguel se aclaró la voz, agarró el micrófono como convirtiéndolo en extensión de su cuerpo, de su habla, y declamó décimas, en su mayoría escritas por Luis Eduardo, que le granjearon los aplausos del público conmovido. Animado, continuó entonces el joven y así dio cierre:²

**Más no pude trabajar
la parcela que tenía
desde aquel terrible día
que me tuve que marchar.
Me dan ganas de llorar
porque ya no tengo nada
y el recuerdo de las balas
en mis sueños me atormenta
mientras mi alma se lamenta
por ilusiones sin alas.
La violencia que sembraron
dejó en esta tierra heridas,
surcos en los que semillas
de violencia germinaron.
Aunque hay frutos que guardaron
to'a la gente que ahora vuelve:
y esa violencia disuelven.
Ahora nos toca contar
pa que podamos lograr
que la justicia remiende.**

Miguel hizo una venia ante el público, que lo aplaudió, algunos de pie. Sin embargo, sus planes de regresar a su puesto fueron truncados por los animados gritos de «¡otra, otra, otra!», elevados por quienes querían seguir escuchándolo.

² Algunos de los versos son de autoría de Julio Cárdenas, Rafael Posso y Andrés Narváez, extraídos del cancionero del documental *Juglares de la memoria de los Montes de María*, producido por el CNMH. Con el fin de reconocer estos versos y distinguir a sus autores, aparecen en negrilla.

El joven miró a su padre, y este, con un gesto, lo animó a complacer la solicitud de la audiencia.

—Muchas gracias, muchas gracias. Voy a echar una décima más. Esta me la enseñó mi papá, pero no la escribió él, sino el maestro Julio Cárdenas, a quien ustedes ya deben conocer. Dice:

*Son los Montes de María
una región que motiva
aquí también se cultiva
una bella juglaría
por eso, con alegría,
podemos escribir las historias.
Qué cosa satisfactoria
que resalten mis cantares
resaltando a los juglares
que han escrito las memorias.*

Nuevos aplausos. Luz Emira tomó la mano de Luis Eduardo. Años habían pasado desde la última vez que él había sentido esa tibieza acariciando su piel. La miró. Ambos sonrieron. Y sin que lo tuvieran previsto, se dieron un beso que hizo que a Miguel se le aguaran los ojos al verlos.





Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/un-poco-de-verdad-para-poder-respirar/>

Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir en la
Imprenta Nacional de Colombia en agosto
de 2026.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon
las familias tipográficas Elephant, Noto
Serif y Georama



Lucho era el decimero de Las Brisas: el que hacía reír en los fandangos, el que sembraba el mejor ñame del corregimiento. Un sábado de madrugada, ciento cincuenta paramilitares bajaron por las lomas y todo cambió. ¿Puede un hombre desplazado, silenciado por el miedo y la rabia, volver a encontrar su voz? Este es un relato sobre lo que la violencia siembra y las resistencias despliegan para evitar que tales semillas germinen en el corazón de las nuevas generaciones.
